

posible descubrir vestigios de esos perpetuos cambios á que la costa terrestre se halla sometida?

Salimos de la Ascensión y nos hacemos á la vela para Bahía, en la costa del Brasil, á fin de completar nuestras observaciones cronométricas alrededor del mundo. Llegamos el día 1.º de Agosto y permanecemos allí cuatro días, durante los cuales doy largos paseos. Me satisface mucho ver que no es sólo el sentimiento de la novedad el que me ha hecho admirar la naturaleza tropical; pero debe mencionarse el número y la sencillez de los elementos de esta naturaleza, para prueba de cuán insignificantes circunstancias bastan, reunidas, para constituir lo que puede llamarse *belleza* en toda la extensión de la palabra.

Puede decirse que este país es una meseta de 300 pies de altitud, cortada en muchos puntos por valles de fondo llano. En un país granítico, es rara tal forma; pero resulta casi universal en todas las capas más tiernas que de ordinario forman las llanuras. Toda la superficie está cubierta de especies varias de árboles magníficos; acá y allá, campos cultivados, en medio de los cuales se alzan casas, conventos é iglesias. Bueno es recordar que bajo los trópicos no desaparece, ni aun junto á las grandes poblaciones el lujo brillante de la naturaleza, pues los trabajos artificiales del hombre desaparecen muy pronto bajo la potente vegetación de aquellas tierras. Por lo tanto, hay muy pocos sitios en que el suelo, rojo brillante, contraste con el revestimiento verde universal. Desde esta meseta se ven el Océano y la gran bahía rodeada de árboles que sumerjen sus ramas en el mar, en el cual se distinguen numerosos barcos y canoas cubiertas de blanco velamen. Fuera de estos sitios, el hori-

zonte es muy limitado, distinguiéndose apenas algunas lontananzas en los valles. Las casas, y más todavía las iglesias, tienen una arquitectura especial y bastante fantástica. Todas están blanqueadas con cal de tal modo, que cuando las ilumina el sol ó se destacan sobre el azul del cielo, más parecen palacios de hadas que edificios reales.

Tales son los elementos del paisaje, pero sería inútil tratar de pintar su efecto general. Sabios naturalistas han tratado de pintar estos paisajes del trópico, nombrando multitud de objetos é indicando algunos rasgos característicos de cada uno de ellos; sistema que puede dar algunas ideas definidas á un viajero que lo haya visto; pero ¿cómo es posible imaginar el aspecto de una planta en el suelo que la vió nacer, cuando no se la ha visto más que en una estufa? ¿Ni quién, por haber visto una planta de muestra en un invernadero, puede imaginar lo que podrá ser cuando adquiriera las dimensiones de un árbol frutal ó formando selvas impenetrables? ¿Quién podría, por sólo haber visto en una colección de entomología, magníficas mariposas exóticas, especiales cicadiadas, asociar á esos objetos sin vida la música incesante que producen estos últimos, el vuelo lento y perezoso de las primeras? Pues esos son espectáculos que en todos los momentos se ven bajo los trópicos. En el instante de llegar el sol á su mayor altura, es cuando hay que considerar el espectáculo: el magnífico follaje del nopal proyecta entonces espesa sombra sobre el suelo, mientras que las ramas superiores resplandecen con el verde más brillante bajo los rayos de un sol abrasador. En las zonas templadas el caso es muy distinto; no tiene la vegetación colores tan acentuados ni tan ricos, por lo que sólo los rayos rojos del sol poniente dan esos tonos

purpúreos ó amarillos brillantes que embellecen nuestros paisajes.

¡Cuántas veces he deseado encontrar términos capaces de expresar mis sensaciones, mientras me paseaba á la sombra de estas selvas espléndidas! Todos los epítetos me parecen muy débiles para dar á los que no han visto las regiones intertropicales la idea de la sensación de gozo que se experimenta. Ya he dicho que es imposible formar concepto de lo que es la vegetación de los trópicos, viendo las plantas encerradas en una estufa; pero debo insistir aún sobre este punto. Todo el paisaje es una inmensa estufa rebosante, creada por la naturaleza misma, pero de la cual ha tomado posesión el hombre, embelleciéndola con preciosas casas y magníficos jardines. ¿No han deseado con ardor todos los admiradores de la naturaleza ver un paisaje de otro planeta? Pues bien; en verdad puede decirse que el europeo encuentra aquí, á poca distancia de su patria, todos los esplendores de otro mundo. Durante mi último paseo traté de embriagarme, por decirlo así, con todas estas bellezas, y trataba de fijar en mi espíritu una impresión que ya sabía yo que había de desaparecer algún día. Se recuerda bien la forma del naranjo, del cocotero, de la palmera, del nopal, del bananero, del helecho arborescente, pero las mil bellezas que de todos estos árboles hacen un cuadro delicioso, eso tarde ó temprano se borra. Sin embargo, como un cuento oído en los días de la niñez, dejan en nosotros una impresión como un sueño plagado de figuras indeterminadas, pero admirables.

6 de Agosto. — Volvemos al mar por la tarde, con intención de marchar directamente á las islas de Cabo Verde. Retiénnos vientos contrarios, y el 19 entramos en Pernambuco, gran población de la costa del

Brasil, á los 8° de latitud Sur. Echamos el ancla fuera de la barra, pero poco después viene un piloto á bordo y nos conduce al puerto interior, donde nos encontramos al lado de la ciudad.

Está construido Pernambuco sobre unos cuantos bancos de arena estrechos y poco elevados, separados entre sí por canales de agua salada poco profundos. Las tres partes de que se compone la ciudad están unidas unas á otras por dos puentes muy largos, edificados sobre pilotes. Esta población es desagradable, las calles son estrechas, mal pavimentadas, llenas de inmundicias, y las casas altas y tristes. Acaba apenas de pasar la estación de las lluvias, y todos los alrededores, muy poco elevados sobre el nivel del mar, están aún encharcados; por lo cual no pude dar ni un paseo. La llanura pantanosa sobre que se alza Pernambuco está rodeada en varias millas de extensión por un semicírculo de colinas poco elevadas, limite extremo de una meseta que se eleva á unos 200 pies sobre el nivel del mar. La antigua villa de Olenda está situada en uno de los extremos de esa cadena. Un día tomo una canoa y me dirijo á la ciudad, que por su situación es más limpia y agradable que Pernambuco; y voy á referir un hecho que se me presenta por primera vez en los cinco años casi que llevo de viaje, y es que encuentro gentes poco amables y poco corteses; me niegan del modo más grosero en dos casas permiso para atravesar las huertas, con objeto de subir á una colina no labrada para ver el país; con gran trabajo obtengo la autorización en otra casa. Me alegro de que me haya sucedido esto en el Brasil, porque me gusta poco este país, donde reina todavía la esclavitud. A un español le hubiese dado vergüenza negar una petición como la mía, y conducirse tan impolíticamente con un extran-

jero. El canal que conduce á Olenda está guarnecido á cada lado por dos filas de árboles, que crecen en los bancos de lodo, y forman una especie de bosque en miniatura. El verde brillante de estos árboles me recuerda siempre las hierbas tan verdes de los cementerios; estas recuerdan la muerte, las otras indican con harta frecuencia ¡ay! que la muerte va á sorprendernos.

El más curioso objeto que he visto por estos alrededores es el arrecife que forma el puerto. No creo que haya en todo el mundo otra formación natural con un aspecto más artificial. Se extiende este arrecife enteramente en línea recta en una longitud de varias millas á poca distancia de la costa. Su ancho varía entre 30 y 60 metros, su cresta ó cima es plana y lisa, está formado de gres muy duro, en el que apenas pueden distinguirse las capas. Durante la marea alta se rompen las olas en este parapeto; durante la baja permanece en seco el borde superior que podría tomarse por un rompeolas fabricado por cíclopes. En esta costa tienden las corrientes á arrojar las arenas sobre la tierra, y por eso está construida sobre arenas, de tal modo acarreadas, la ciudad de Pernambuco. Parece haberse consolidado en lo antiguo un largo depósito de esta naturaleza, por la adición de materias calcáreas; levantadas poco á poco más tarde las partes friables deben haber sido arrastradas por las olas, quedando el núcleo sólido tal como hoy le vemos. Por más que las aguas del Atlántico, cargadas de detritus, vengan día y noche á romperse contra el escarpado flanco de este muro de piedra, no han podido encontrar ningún cambio en su aspecto los pilotos más ancianos. Esta duración es uno de los fenómenos más curiosos de su historia, y se debe á un revestimiento

muy duro de materias calcáreas que no tiene más que unas cuantas pulgadas de espesor, formado por el crecimiento y muerte sucesivos de pequeños tubos de Sérpoles, Anatifas y Nullíperos. Estos nullíperos que son plantas marinas duras y de organización muy sencilla, desempeñan papel análogo é igualmente importante en la protección de las superficies superiores de los arrecifes de coral, sobre los cuales se rompen las olas, cuando los verdaderos corales han muerto á causa de su exposición al sol y al aire. Estos seres insignificantes y sobre todo los sérpoles han prestado grandes servicios á los habitantes de Pernambuco; pues, en efecto, sin su intervención hace tiempo que este arrecife de gres habría sido destruido, y sin él no existiría puerto.

El 19 de Agosto abandonamos en definitiva las costas del Brasil, dando yo gracias á Dios de no tener que volver á visitar países de esclavos. Todavía hoy, cuando oigo un lamento lejano me acuerdo de que al pasar por delante de una casa de Pernambuco oí quejarse; en el acto se me representó en la imaginación, y así era en efecto, que atormentaban á un pobre esclavo; pero al mismo tiempo comprendí que no podía intervenir. En Río Janeiro vivía yo en frente de casa de una señora vieja que tenía tornillos para estrujarles los dedos á sus esclavas. He vivido también en una casa en la que un joven mulato era sin cesar insultado, perseguido y apaleado con una rabia que no se emplearía contra el animal más infimo. Un día he visto, antes que pudiese interponerme, dar á un niño de seis ó siete años tres porrazos en la cabeza con el mango de un látigo, por haberme traído un vaso que no estaba limpio; el padre del chico presenció este verdadero tormento y bajó la cabeza sin atreverse á

proferir ni una palabra. Pues bien, estas crueldades ocurrían en una colonia española donde se asegura que se trata á los esclavos mejor que lo hacen los portugueses, los ingleses y las demás naciones de Europa. En Río Janeiro he visto un negro, en lo mejor de la edad, no atreverse á levantar el brazo para desviar el golpe que creía dirigido contra su cara. He visto á un hombre, tipo de benevolencia á los ojos del mundo, á punto de separar de los hombres, á las mujeres y á los niños que constituían numerosas familias. No aludiría á estas atrocidades de que he oído hablar, y que por desgracia son muy verdaderas, ni hubiese citado los hechos que acabo de referir, si no hubiera visto personas que, engañadas por la natural alegría del negro, hablan de la esclavitud como de un mal soportable. Esas personas no han visitado sin duda más que las casas de las clases más elevadas, donde por lo común tratan bien á los esclavos domésticos; pero no han tenido ocasión, como yo, de vivir entre las clases inferiores. Esas gentes preguntan por regla general á los mismos esclavos para saber su condición; pero se olvidan de que sería muy insensato el esclavo que al contestar no pensase en que tarde ó temprano llegará su respuesta á oídos del amo.

Se asegura, es verdad, que basta el interés para impedir las crueldades excesivas; pero, pregunto yo, ¿ha protegido alguna vez el interés á nuestros animales domésticos, que mucho menos degradados que los esclavos, tienen ocasión, sin embargo, de provocar el furor de sus amos? Contra ese argumento ha protestado con gran energía el ilustre Humboldt. También se ha tratado de excusar muchas veces la esclavitud, comparando la condición de los esclavos con la de nuestros campesinos pobres. Grande es, en verdad,

nuestra falta si resulta la miseria de nuestros pobres, no de las leyes naturales, sino de nuestras instituciones; pero casi no puedo comprender qué relación tiene esto con la esclavitud; ¿se podrá perdonar que en un país se empleen, por ejemplo, instrumentos á propósito para triturar los dedos de los esclavos, fundándose en que en otros países están sujetos los hombres á enfermedades tanto ó más dolorosas? Los que excusan á los dueños de esclavos y permanecen indiferentes ante la posición de sus víctimas no se han puesto jamás en el lugar de estos infelices, ¡qué porvenir tan terrible, sin esperanza del cambio más ligero! ¡Figuraos cuál sería vuestra vida si tuvieseis constantemente presente la idea de que vuestra mujer y vuestros hijos—esos seres que las leyes naturales hacen tan queridos hasta á los esclavos—os han de ser arrancados del hogar para ser vendidos, como bestias de carga, al mejor postor! Pues bien; hombres que profesan grande amor al prójimo, que creen en Dios, que piden todos los días que se haga su voluntad sobre la tierra, son los que toleran, ¿qué digo?, realizan esos actos! ¡Se me enciende la sangre cuando pienso que nosotros, ingleses, que nuestros descendientes, americanos, que todos cuantos, en una palabra, proclamamos tan alto nuestras libertades, nos hemos hecho culpables de actos de ese género! Al menos me queda el consuelo de pensar que, para expiar nuestros crímenes, hemos hecho un sacrificio mucho más grande que ninguna otra nación del mundo.

El 31 de Agosto echamos el ancla por segunda vez en Porto-Praya, en el archipiélago de Cabo Verde; desde aquí nos vamos á las Azores, donde permanecemos seis días, y el día 2 de Octubre saludamos las costas de Inglaterra. En Falmouth dejó el *Beagle* después